

los empleados civiles para que salieran á tirotear al enemigo. Todavía el Sr. Juárez, con mucha calma, bajó á tomar su coche y salió de la población entre fuego graneado tan intenso que una bala atravesó el coche, el cual se encuentra en el Museo Nacional. Dos leguas le persiguió de cerca el enemigo, hasta que habiendo mandado regresar á los dos batallones de auxilio á Negrete, los encontramos. Así seguimos hasta el pueblo de Santa Catarina, donde se supo que Negrete había abandonado la posición en que se le había colocado, y su tropa entraba en dispersión en el Saltillo. Esto obligó al Sr. Juárez á desistir, yéndose por su flanco izquierdo rumbo á Paso del Norte. »

El 4 de Septiembre se adhirieron francamente al Imperio Vidaurri y Quiroga.

## CAPITULO XIV

El Imperio (continúa).—Napoleón III y su corte.—Maximiliano y Carlota.—Llegada de los Emperadores.—Continúa la peregrinación de Juárez.—El tambo rciego.—Juárez en Chihuahua.—Juárez en el Paso del Norte.—El llamado Golpe de Estado de Juárez.—La campaña.—El principio del fin.—Caída de Querétaro.—Juicio y ejecución de Maximiliano.—Juárez regresa triunfante á la Capital de la República

Pero antes de proseguir con la biografía de Juárez, bueno es decir algo sobre el Imperio.

El Duque Ernesto, que tan íntimamente conoció á Napoleón III, después de describirlo físicamente, agrega: « Desde el punto de vista intelectual, dotado de los más variados conocimientos, demostraba una ignorancia completa respecto de las cosas más sencillas, y cometía estupideces que dejaban á uno estupefacto *des bétises stupefiantes*. En lo moral, carecía totalmente de respeto hacia el derecho ajeno. Tan pronto como se pronunciaba esa frase, interrumpía con las siguientes palabras: « El derecho, ¿qué cosa es eso? » No conocía más que la razón de Estado, hacía lo que le parecía justo, sin preocuparse en lo más mínimo de los intereses que lesionaba. La Emperatriz fué para él una persona fatal—la verdadera mezcla meridional de la ligereza y de la gazmoñería.—Si no se hubiese dejado dominar por ella, á quien los clericales adulaban, hubiera muerto tranquilamente bajo el cielo de su cama, en las Tullerías, entre las abejas bordadas de oro, y su hijo le hubiese sucedido. La Emperatriz empujó al infortunado monarca á la guerra, y su hijo pereció de un modo miserable. »

Ese par fué el que realizó el proyecto de intervención y el que hizo el ensayo del Imperio, eligiendo por cómplice á otro par en el que vemos el mismo fenómeno de predominio de la influencia femenina.

Algunos autores afirman que no fué Napoleón quien designó á Maximiliano; pero todos están de acuerdo en que lo aceptó. Verdad es que ninguno más á propósito para la aventura.

Maximiliano nació el 6 de Julio de 1832, contaba á la sazón (1861) veintinueve años de edad, y estaba casado con Carlota, hija de Leopoldo I, rey de los Belgas, que contaba veintiún años. Maximiliano era el *diletante* de todos los *diletantismos*. Diletante en marina, en ciencias naturales, en música, en literatura y en política. Tenía ambición; pero hasta como ambicioso era diletante, pues se contentaba con querer sin poner los medios. Frívolo, inconstante, amigo de la ostentación, inconsecuente, era incapaz de llevar á cabo ninguna empresa ardua y dilatada. Carlota tenía más acometividad, mayor perseverancia y más inteligencia, y su voluntad predominaba sobre la del príncipe. Pero á ambos faltaba el conocimiento de los hombres y la práctica de la vida.

Maximiliano tuvo el don de errar constantemente. Siendo austriaco, en vez de ser militar, se hizo marino, llegando á ser una especie de almirante suizo; en vez de estudiar política y las ciencias que les son anexas, se dedicó á las artes; en vez de ser conservador, alardeó de liberal; en vez de quedarse en su país, vino á México; en vez de dedicarse en México á la organización de su partido, de la administración pública, del ejército, y de captarse á los franceses y al clero, hizo todo lo contrario. En vez de abdicar y regresar á Europa, se encerró en la ratonera de Querétaro. En vez de combatir allí á todo trance, se entregó, según unos, traicionando á los suyos; se dejó entregar traicionado por uno de los suyos, según otros, siendo la primera versión la más autorizada. En vez de morir combatiendo, se hizo fusilar.

Frívolo durante toda su vida, frívolo hasta para morir. Se preocupaba de los detalles, ignorando ó despreciando el fondo de las cosas, sin comprender que los detalles importan poco cuando el defecto consiste en el fondo.

Maximiliano no debió ser nunca jefe de un Estado. Su verdadero puesto era el de inspector general de castillos en el aire.

«Maximiliano se encontraba en una situación tan anómala y desairada en Austria, según dice Arrangoiz (obra citada) en donde era mal visto por su propia familia, por la ambición y las ideas liberales que no sin motivo se le suponían, que por salir de ella habría aceptado cualquiera cosa, y con mucha más razón la corona de un país nuevo y rico como México.»

Los monarquistas mexicanos consideraban el establecimiento del trono como punto capital; la persona del monarca era cosa secundaria. Todo lo que respecto á esa persona importaba era que fuese príncipe de sangre real y católico apostólico romano. Sus dotes morales é intelectuales eran cosa de poca monta.

Encontraron un príncipe agobiado de deudas y agujoneado por la ambición, desprestigiado en su propia casa, unido á una mujer ambiciosa, que soñaba con un trono; y á esa pareja se dirigieron. Eran dos náufragos de la vida á quien pérfidamente, en vez de una tabla de salvación, tendieron un fierro hecho ascuas, y á él se asieron los dos náufragos, y trocaron su corona archiducal, que era legítima, por la falsa imperial que los farsantes de esa comedia encontraron entre los trastos arrumbados en la bodega del teatro político, abandonada por los titiriteros que formaron la compañía de la legua de Iturbide.

Y aquella pareja de archiduques se convirtió en una pareja de aventureros, que vino á reinar *pane lucrando*.

Se dice que Maximiliano tuvo calambres de conciencia, dudas y vacilaciones; pero Carlota lo convenció y lo arrastró.

Antes de aceptar definitivamente la corona, tuvo Maximiliano la peregrina ocurrencia de hacer que Don Jesús Terán escribiese, en su nombre, una carta á Juárez, llamándolo á la conciliación. Juárez la contestó en los términos siguientes:

«Monterrey, Mayo 28 de 1864.—Muy respetable Señor:

«Me dirige Ud. particularmente su carta del 22 de pasado, fechada á bordo de la fragata «Novara;» y mi calidad de hombre cortés y político me impone la obligación de contestarla, aunque muy de prisa y sin una redacción meditada, porque ya

debe Ud. suponer que el delicado é importante cargo de presidente de la República absorbe casi todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche. Se trata de poner en peligro nuestra nacionalidad, y yo, que por mis principios y juramentos soy el llamado á sostener la integridad nacional, la Soberanía y la Independencia, tengo que trabajar activamente, multiplicando mis esfuerzos, para corresponder al depósito sagrado que la Nación, en el ejercicio de sus facultades, me ha confiado; sin embargo, me propongo, aunque ligeramente, contestar los puntos más importantes de su citada carta.»

«Me dice Ud. que, abandonando la sucesión á un trono de Europa, abandonando su familia, sus amigos, sus bienes, y lo más caro para el hombre, su patria, se han venido Ud. y su esposa *Doña Carlota* á tierras lejanas y desconocidas sólo por corresponder al llamamiento espontáneo que le hace un pueblo, que cifra en Ud. la felicidad de su porvenir. Admiro positivamente, por una parte, toda su *generosidad*, y por otra parte ha sido verdaderamente grande mi sorpresa al encontrar en su carta la frase: *llamamiento espontáneo*, porque yo ya había visto antes, que cuando *los traidores* de mi Patria se presentaron en comisión por sí mismos en Miramar, ofreciendo á Ud. la corona de México, con varias cartas de nueve ó diez poblaciones de la Nación, Ud. no vió en todo eso más que una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente.»

«Contestó Ud. á todo eso exigiendo una voluntad libremente manifestada por la Nación, y como resultado de sufragio universal: esto era exigir una imposibilidad; pero era una exigencia propia de un hombre honrado. ¿Cómo no he de admirarme ahora viéndole venir al territorio mexicano, sin que se haya adelantado nada respecto á las condiciones impuestas; cómo no he de admirarme viéndole aceptar ahora las ofertas de los perjuros y aceptar su lenguaje, condecorar y poner á su servicio á hombres como Márquez y Herrán, y rodearse de toda esa parte dañada de la sociedad mexicana?»

«Yo he sufrido, francamente, una decepción; yo creía á Ud. una de esas organizaciones puras, que la *ambición* no alcanzaría á corromper»

«Me invita Ud. á que vaya á México, ciudad adonde Ud.

se dirige, á fin de que celebremos allí una conferencia, en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos á todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito, y empeñando, como seguridad su fe pública, su palabra y honor. *Imposible* me es, Señor atender á ese llamamiento: mis ocupaciones nacionales no me lo permiten; pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación mexicana, y del hombre que representa hoy la causa de una de las partes *que firmaron el tratado de la Soledad*.»

«Me dice Ud. que de la conferencia que tengamos, en el caso de que yo la acepte, no duda que resultará la paz, y con ella la felicidad del pueblo mexicano, y que el Imperio contará en adelante, colocándome en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo. Es cierto, Señor, que la historia *contemporánea* registra el nombre de grandes traidores, que han violado sus juramentos y sus promesas; que *han faltado* á su propio partido, á *sus antecedentes* y á todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en estas traiciones, el traidor ha sido guiado por una torpe ambición de mando y un vil deseo de satisfacer sus propias pasiones, y aun sus mismos vicios; pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá (si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba), cumpliendo con su juramento, correspondiendo á las esperanzas de la Nación que preside, y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.»

«Tengo necesidad de concluir por falta de tiempo, y agregaré sólo una observación. Es dado al hombre, Señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo *tremendo* de la Historia. *Ella nos juzgará*.»

«Soy de Ud. seguro servidor.—*Benito Juárez*.»

Hay distintas opiniones sobre la autenticidad de esta corres-

pondencia. Niox duda de ella, y lo mismo el Sr. Vigil. Mr. Frederic Hall, consejero legal de Maximiliano, hace referencia á ella, confirmando el hecho; también lo confirma la *Diplomatic Correspondence*, publicada por *The New York Herald* de 26 de Junio de 1864. El Conde de Keratry (obra citada) menciona la carta de Juárez, la que también fué publicada en el periódico *La América* de Madrid, la insertó el general Santibáñez en su *Reseña Histórica del Ejército de Oriente*, y la reproduce el Dr. Rivera en sus ya citados *Anales*.

Dijo Castelar, en un artículo que publicó en *Les Matinées Espagnoles* (Enero de 1887): «Cuando pasó Maximiliano por España, yo dirigía *La Democracia*, y cuando se detuvo en Cádiz ó en Gibraltar, no recuerdo bien el punto, en esa semana tan decisiva para su futuro destino, le escribí estas palabras de que me acuerdo aún: «Hombre, no prosigas por ese camino sembrado de precipicios, te espera un trono á tu llegada, pero como el de Iturbide, vacilante y combatido; tu trono se derrumbará en un abismo.»

No fué este el único presagio fatídico. Cuéntase que hasta el pueblo de Trieste cantaba al pie de Miramar aquella trova que se hizo tan popular, en que decía:

Che il trono gelido  
De Moctezuma  
E nappo gallico  
Colmo de spuma.

Llegó la pareja imperial á Veracruz el 28 de Mayo (1864), y fué recibida con frialdad, lo que, dicen, hizo llorar á Carlota. Entiendo que no fué esa frialdad la sola causa de su llanto, sino el medio en que se encontró repentinamente. Una de las muy apreciables señoras que figuraban provisionalmente como dama de honor, con esa franqueza veracruzana y con esa ignorancia de la etiqueta cortesana propia de quien nunca había visto más reyes que los de la baraja, ó los que aparecen en el teatro, sacó una rica cigarrera, y, ofreciendo un cigarrillo á la Emperatriz, la dijo—«¿No fuma Ud., Carlota?» (Rigurosamente histórico).

En Acultzingo obsequiaron á los soberanos con un almuer-

zo en que el *menu* se compuso de mole de *guajolote*, tortillas enchiladas y pulque.

El 12 de Junio entraron á su buena, noble y leal ciudad de México, siendo recibidos de una manera aparatosa. El 28 del mismo mes expidió Maximiliano dos célebres decretos; por el primero se asignó el modesto sueldo de un millón y medio de pesos al año, y doscientos mil para los alfileres de su imperial consorte. Por el segundo, ordenó que los empleados de todas las oficinas del Imperio trabajasen los domingos y días festivos de guardar, á excepción del jueves y viernes de Pentecostés, día de Corpus, 16 de Septiembre, 12 de Diciembre y día de la Natividad de Jesucristo; pero los tribunales y juzgados debían estar abiertos aun el jueves y el viernes de la Semana Mayor.

Con esto dió la primera prueba patente de su falta de discreción, pues, en un país sin hacienda, no se podían pagar sueldos tan crecidos; y en una sociedad fanática, como era la que lo había elevado al trono, no se podían dictar medidas tan anticatólicas. De modo que Maximiliano empezó por hostilizar á los reaccionarios, que eran su apoyo legítimo; después siguió por reñir con los franceses, que eran su apoyo efectivo.

Se dedicó en seguida á hacer reglamentos para la corte, á organizar el servicio de su casa, y á otras minucias por el estilo, sin darse cuenta de la situación ni del medio en que se movía.

¿Era ese el hombre que podía ponerse frente á frente de Juárez? ¡Absurdo! . . . .

Deslumbrados por el aparato del Imperio, ó cansados de la lucha, algunos jefes republicanos traicionaron á la Patria, como los generales Don José López Uruga, Don Tomás O'Horan y Don Juan B. Caamaño. Los dos últimos se habían distinguido por su heroico comportamiento combatiendo contra los franceses. Esos jefes fueron seguidos de algunos oficiales. El general Doblado y el coronel Don José Rincón Gallardo abandonaron las armas y el país, y se retiraron á los Estados Unidos. (Julio de 1864.)

El 21 de Septiembre se libró la acción de Majoma (Estado de Durango), en la que el coronel de zuavos, Martín, derrotó al general Negrete. Martín ganó la batalla, pero perdió la vida. El 26 entregó el general Cortina la plaza de Matamoros al general imperialista Mejía.

Mientras tanto Juárez siguió su peregrinación por los Estados de Nuevo León, Coahuila y Chihuahua, llegando el 12 de Octubre á la capital de ese último Estado, «con un éxito que no había tenido Hidalgo,» según la justa reflexión del historiador español Zamacois. Es verdad; los Elizondos del tiempo de Juárez no lograron reproducir la escena de Acatita de Baján.

Por donde quiera que se presentaba Juárez era recibido con entusiasmo por el pueblo, el que veía en él á su redentor. Entré los muchos hechos demostrativos de cariño y respeto que enninguno parte faltaron, voy á mencionar uno de los que relata el Sr. Iglesias (obra citada) acaecido en Santa Cruz de Rosales:

«Estando ya el Presidente en su alojamiento, solicitó hablarle un tambor, ciego de nacimiento, el cual se expresó con la mayor naturalidad en términos verdaderamente elocuentes. Habló poco más ó menos así: «Nunca tanto como ahora he deseado la vista, para ver al hombre más eminente de mi país. Dicen los que ven, que el sol es más hermoso en su ocaso que al principio ó en la mitad de su carrera; y así me parece á mí más grande el Presidente de la República en este remoto Estado, que en México, mandando á los que mandan. Sus eminentes virtudes me son bien conocidas, *porque hay cosas tan claras, que hasta los ciegos las ven.*»

«Después de esta peroración, tocó aquel buen mexicano en su tambor una diana, con habilidad y entusiasmo.»

Aquel hombre dijo una verdad grandísima: hasta los ciegos ven la grandeza de Juárez. Sólo aquellos que son ciegos del espíritu pueden negarla.

Juárez y sus Ministros pararon en la casa de Gobierno, contigua á la de la Sra. Pía Rubio de Morón, cuyo marido, el doctor Roque Jacinto Morón, era diputado y los había acompañado desde San Luis.

«Refiere la Sra. Rubio de Morón que arribaron en la tarde ella les sirvió y asistió desde luego, llegando á ser como de la familia. La casa de Gobierno comunicaba con la suya por una puerta falsa, y por ésta era el tránsito para el servicio.

«Para habilitar la casa de Gobierno, se pidieron prestados acá y allá muebles entre las familias adictas á la causa republicana.

«El Gobierno vivió allí *una vida de labor penosa*, con días muy largos de inquietud y días de relativa tranquilidad.

«Don Benito leía y escribía hasta altas horas, dormía poco, levantábase con la aurora y luego salía á tomar el fresco en el jardín público. Lo más del tiempo permanecía en la casa.

«Iglesias y Prieto, al atardecer, andaban juntos en busca de distracción.

«El Sr. Lerdo era el que más tiempo desaparecía de la vista de sus compañeros.

«Cuando una noticia infundía desaliento en alguno de los allegados, Don Benito despegaba los labios:—«No tengan cuidado, triunfaremos.»

«Tenía tal fe en el buen éxito de su causa, que ni una sola vez flaqueó su ánimo.

«Como las puertas de la casa de Gobierno en donde habitaba Don Benito con sus Ministros, permanecían de par en par, aun de noche, y le advertían que era preciso cerrarlas, porque podía acaecerle algo, contestaba:

—«La causa buena no se persigue. ¿Qué me han de hacer?»

—«Pero no está demás que Ud. se cuide.

—«¿De quién?»

—«Del enemigo.

—«¿Para qué? Si esto va á triunfar. ¡Ustedes lo van á ver!»

«La Sra. Rubio de Morón ante aquellos recuerdos, me dijo:

—«¡Ah! y en su trato era un dulce, era un dulce!» (Angel Pola, obra citada.)

Tengo á la vista un autógrafo del señor general Don Luis Terrazas, en el que dice: «He sido un fiel admirador de todas las virtudes del Sr. Juárez; pero cuando tuve el honor de tratarle personalmente, en época luctuosa para la Patria, *me llamó la atención la fe inquebrantable que aquel grande hombre tuvo siempre en el triunfo de la causa nacional, y su PRIVILEGIADO DON DE COMUNICAR AQUELLA FE Y CONFIANZA Á SUS CONCIUDADANOS*, lo que, en mi concepto, en mucho contribuyó á sostener el patriotismo en el cumplimiento del deber y á que la defensa se mantuviera hasta lograr la victoria.»

En efecto, esa fe inquebrantable y contagiosa, fué el principal elemento de triunfo para la causa de la República.

El 21 de Marzo (1865) aniversario del natalicio de Juárez, el general Don Angel Trías, Gobernador de Chihuahua, organizó una fiesta en honor del ilustre huésped, y aunque Juárez suplicó con insistencia que se prescindiera de aquella manifestación, se llevó á cabo con todo lucimiento, y con la concurrencia de toda la sociedad chihuahuense. En el programa figuraba un banquete.

«Al presentarse en el salón el Sr. Juárez, la música tocó el Himno Nacional y los concurrentes prorrumpieron en vivas y aplausos entusiastas.

«Las damas principales de la sociedad chihuahuense se habían encargado de los platos que se debían servir, y que resultaron exquisitos.

«A la hora de los postres, el Gobernador Angel Trías ofreció el banquete en un brindis en que hizo la sinopsis de la vida, de las virtudes y de los grandes méritos de Juárez. . . .

«Sonaron estrepitosos aplausos, á los que de pronto siguió un silencio respetuoso é imponente.

«Era que el Sr. Juárez se había puesto en pie, é iba á hablar en aquel instante.

«Todas las miradas estaban fijas en aquel semblante imperturbable.

«Brindo por la Independencia Nacional, Ciudadanos. (Aplausos.)

«Por que al invocar este nombre sagrado, todo ceda al sentimiento de la Patria. Por que la hagamos triunfar, ó perezamos. Por que el sentimiento de la Independencia sea el vínculo de todos los mexicanos, sin otra exclusión que la de los enemigos de la Patria. (Voces «¡Viva la Independencia!» Aplausos.)

«Señores: dar la vida por la Independencia, es recibir un gran bien; darla cuando se ve un hombre obligado por el ejemplo de tantos mexicanos dignos, apenas sería llenar un deber. Sin afectación de modestia, sin que quede en el fondo de mi copa un sentimiento hipócrita, repito que los hombres somos nada, que los principios son el todo. Que más grande nuestra causa que todos los tiranos y su poder y sus ejércitos, triunfará en breve; y que México renovará el testimonio espléndido que ofreció al mundo el 16 de Septiembre de 1810,

mostrándose digna del triunfo de su sagrada autonomía. (Entusiastas aplausos.)

«Brindo por la Independencia Nacional y llevo por ella este voto, como la única respuesta digna, al honor inmenso que debo al pueblo generoso de Chihuahua, dueño de la más íntima gratitud de mi corazón.» . . . .

«La música tocó el Himno Nacional; en todos los ojos había lágrimas, y se oían hasta en los sirvientes los gritos de: «¡Viva Juárez!» «¡Viva nuestro padre!» (*Epopeyas de mi Patria, Benito Juárez*, por Juan de Dios Peza.)

El general Brincourt, por orden de Bazaine, avanzó hacia Chihuahua, persiguiendo al Gobierno. Esta nueva causó una inmensa agitación. El general Don Luis Terrazas refiere que en aquellos momentos alguien se acercó á Juárez y le manifestó que no había elementos para detener el paso á la legión francesa, y que concluyó por decirle:

—Es preciso que Ud. se salve, porque los liberales lo necesitamos. Ha llegado el momento de optar por lo más amargo en bien de la causa nacional, y, si fuere preciso, pase Ud. la frontera y refúgiense en los Estados Unidos.

—Señor Don Luis, repuso Juárez dirigiéndose á Terrazas; Ud. conoce como nadie este Estado; señáleme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré hasta la cumbre y allí me moriré de hambre y de sed, envuelto en la bandera de la República, PERO SIN SALIR DEL TERRITORIO NACIONAL. . . . ESO NUNCA!! . . . .

Juárez se vió obligado á salir de Chihuahua el 5 de Agosto, y se dirigió hacia Paso del Norte, punto extremo de nuestra República.

El grupo que lo acompañaba había disminuído notablemente. En él quedaban fieles y abnegados, Lerdo de Tejada é Iglesias, sus dos Ministros, y algunas otras personas á quienes no arredraban las penalidades de aquella peregrinación por el desierto, ni la miseria que por todas partes los acompañaba. Llegó al Paso el día 15, y allí instaló su Gobierno.

¿Empezaba ya á flaquear su fe? De ninguna manera. Allí está la circular del mismo 15 de Agosto, demostrando lo contrario.

En Septiembre dirigió una carta al general Epitacio Huerta, que regresaba de Europa, donde había estado prisionero, y quien